

BIENAL DE ARTES MEDIALES

Novedades e interpretación en el MNBA

WALDEMAR SOMMER

Dentro de la 15 Bienal de Artes Mediales de Santiago, el Museo Nacional de Bellas Artes nos propone *Umbral* (título en homenaje a Juan Emar), conjunto de artistas nuestros tanto desconocidos, como celebridades. El videoarte y la instalación dominan sin contrapeso. Nos recibe el aporte de Alfredo Jaar, el nombre chileno hoy más prestigiado internacionalmente. En el ingreso mismo del museo, pues y sobre la cabeza del visitante, hallamos un minimalista cuadrilátero colgante con la brevedad de verdes números luminosos. Van ellos registrando, con su nombre respectivo, el primer sonido que emiten recién nacidos de hospitales santiaguinos. Continúa esta *Música* (todo lo que aprendí el día que nació mi hijo), exhibida en Dallas en 2014, su conocida sucesión de trabajos notables alrededor de la niñez y su circunstancia. También resulta suyo la serie mostrada otrora con siete excelentes fotografías iluminadas – *Contra la pared* (2010)–, alrededor del ritmo visual de un medio cuerpo del viejo sindicalista Clotario Blest. Su dignidad de patriarca venerable se encuentra captada con no poca hondura psicológica.

También dentro de las salas a oscuras, la *Proposición para (entre)cruzar espacios límites* (1983), de Lotty Rosenfeld (1943-2020) constituye un gran video al que bastan cuatro minutos y medio para suge-

rarnos mucho. Así, primero la artista recorre en auto nuestra frontera cordillerana del Cristo Redentor y su túnel. Aquí el poderoso claroscuro dialoga con el rojo, como penetrando en esa zona límite que ella transfigura en cruces. Enseguida, la filmación integra a plena luz diurna y ciudadana el contrapunto con el entonces álgido límite entre las dos Alemanias. Creado durante el año pasado, en el estupendo

UMBRAL PARA LA 15 BIENAL DE ARTES MEDIALES DE SANTIAGO

Diversidad de autores y de logros

Lugar: Museo Nacional de Bellas Artes

Fecha: hasta marzo del 2022

triple video *El hombre sin imagen* Enrique Ramírez tiene suficiente con nueve minutos para entregarnos el trágico relato de los migrantes. Lo personifica un solo hombre de color que, en su huida de la violencia institucionalizada, cuyo símbolo son las mujeres que golpean con piedras y ollas poste y murallas, en el pequeño video blanco y negro. Pero el angustiado personaje en fuga termina por zozobrar en pleno mar. El proceso de su lucha contra el medio acuático alcanza una intensidad notable, realizado por el poético texto. Su derrota se manifiesta a través del único superviviente, las flotantes telas multicolor la vela de la frágil embarcación. La obra ha sido antes expuesta en los parisinos Palacio de Tokio y Centro Pompidou, y en la 57 Bienal de Venecia; además le ha valido el Premio Marcel Duchamp.

En cambio, de fecha bastante anterior se muestra en el hall central *Claraboya* (1971), uno de aquellos cortes arquitectónicos típicos de Gordon Matta-Clark (1943-1978) que todavía permanece. Así,



Alfredo Jaar y su obra en la Bienal de Artes Mediales en el MNBA.

mediante una luz y espejos entregó su escudriñar la estructura íntima del Palacio de Bellas Artes. Esa, una forma personalísima de dar a conocer lo invisible. Las obras restantes de las salas sur del museo son recientes y, salvo una, pertenecen a autores que no conocíamos. Anotemos, pues, a Cristián Inostroza y su par de realizaciones fundamentadas en restos recogidos de los enfrentamientos en la Plaza Baquedano. Corresponden a un collar de balines mutado en joya y a un trozo de la huella o Cicatriz, volcada en bronce, a partir del fuego sobre el asfalto: trofeos peculiares. Respecto al *Faro*, de Carolina Andonie, constituye un bonito diseño de significado una pizca obvio. Por su parte, la fotógrafa Kena Lorenzini rinde homenaje a Mónica Echeverría (1920-2020), por intermedio del ángulo poderoso de una fotografía impresionante, dominada por el rojo y donde rescata una acción de arte de la conocida actriz y escritora.

Pero quizá la mayor sorpresa del conjunto la proporciona una reconstrucción, más bien una interpretación de cierta instalación inesperada de nuestro famoso cineasta máximo, Raúl Ruiz (1941-2020). Expuesta entre 1992 y 1996 en París y en el MOCA de Los Angeles destila punzante ironía. En ella se trata de identificar religión y cine, como antídoto contra el aburrimiento. Eso sí, la escenificación santiaguina falla por falta de unidad formal: las pequeñas estancias habitadas que la flanquean nada tienen que ver con el film y su pensador supuestamente holandés del siglo XVII.